



Sobre el difunto señor Henry Craik

Un sermón de George Müller de Bristol

Un discurso impreso como introducción al volumen titulado “Pasajes del diario y cartas de Henry Craik”.

Fue en julio de 1829 cuando conocí por primera vez al señor Craik. Lo que me atrajo de él no fue que ambos teníamos casi veinticuatro años; tampoco era que ambos hubiéramos tenido una educación universitaria; tampoco es que ambos, con gran amor y seriedad, en ese momento, prosiguiéramos el estudio del idioma hebreo; no siquiera era que ambos hubiéramos llegado al mismo tiempo al conocimiento del Señor Jesús, mientras estábamos en la universidad; sino que se verá en lo que sigue, qué fue lo que me atrajo hacia él. En mayo de 1829, poco después de mi llegada a Inglaterra, me enfermé gravemente. Mi deseo era entonces muy fuerte de partir, para estar con mi adorable Señor que me había amado y se había entregado por mí, gran pecador. Sin embargo, agradó a Dios, en contra de mi expectativa, y especialmente en contra de mi deseo, comenzar a restaurarme; y, para completar mi restauración, me aconsejaron médicamente que dejara Londres para cambiar de aires. Sometiéndome a la voluntad de Dios, fui a Teignmouth; porque aunque el estado del corazón en el que me encontraba no deseaba prolongar la vida, sin embargo, consideraba que era mi deber utilizar este medio. Mientras estaba en Teignmouth, conocí al Sr. Craik, y su calidez de corazón hacia el Señor me atrajo hacia él. Fue esto lo que me atrajo.

Como me quedé unas pocas semanas en Teignmouth, vi poco, comparativamente, de él; pero en enero de 1830 regresé a Teignmouth y desde entonces me quedé allí. Ahora estábamos más atraídos el uno por el otro; porque entre julio de 1829 y enero de 1830, había visto las principales verdades relacionadas con la segunda venida de nuestro Señor Jesús; había comprendido la suficiencia total de las Sagradas Escrituras como nuestra regla, y el Espíritu Santo como nuestro maestro; había visto claramente las preciosas doctrinas de la gracia de Dios, acerca de las cuales no había sido instruido durante casi cuatro años después de mi conversión; y había aprendido el llamamiento celestial de la Iglesia de Cristo y la consiguiente posición del creyente en este mundo. Como estas mismas verdades ocupaban tanto el corazón del Sr. Craik también, pronto nos vimos estrechamente unidos; y desde ese momento hasta el día en que nos dormimos en Jesús, nuestra amistad fue íntima e inquebrantable durante treinta y seis años.

El lector aprenderá de las memorias mismas que permanecimos trabajando en la Palabra en la misma localidad de Devonshire durante aproximadamente dos años y tres meses; y luego, de manera muy notable, ambos fuimos conducidos, al mismo tiempo, a Bristol, donde hemos trabajado juntos durante más de treinta y tres años.

A menudo se ha observado cuán notable era que hubiéramos trabajado juntos durante tantos años de manera tan armoniosa, y que esto hubiera continuado hasta lo último. Ahora, mientras escribo esta introducción para beneficio del lector, me detengo un

poco en este punto. No fue porque el Sr. Craik no tuviera una mente propia y, por lo tanto, se sometiera habitualmente a mi juicio; ni fue porque lo seguí ciegamente, sin tener mi propio juicio. Todos nuestros amigos cristianos que nos conocían sabían bien que no era así en absoluto; pero las razones fueron estas: Cuando en el año 1832 vi cómo algunos preferían el ministerio de mi amado amigo al mío, decidí, con la fuerza de Dios, regocijarme en esto, en lugar de envidiarlo. Dije, con Juan el Bautista, “Un hombre no puede recibir nada, si no le fuere dado del cielo” (Juan 3:27). Esta resistencia al diablo obstaculizó la separación del corazón. Pero esto no fue todo. Dios me honró también desde ese momento en el ministerio de la Palabra, y mucho, a lo que solo se hace referencia, para mostrar cómo una doble bendición siguió a mi resistencia al diablo. Pero cuando le agradó al Señor, desde principios de 1839 y desde entonces, condescender a otorgarme tan abundante honor como lo hizo en relación con las Casas de los huérfanos y los demás objetos de la Institución del Conocimiento de las Escrituras en el hogar y el extranjero, la tentación fue al revés, especialmente cuando esta obra se extendía cada vez más y la bendición de Dios que descansaba sobre ella se hacía cada vez mayor. Entonces mi querido amigo, por su parte, hablando a la manera de los hombres, tuvo motivo de envidia. Pero, ¿cómo fue en realidad? Pocos, si es que hubo alguno, se regocijaron más verdaderamente en todo el honor que el Señor condescendió en ponerme que mi amigo.

Aún así, esto no fue todo. En particular, hay que añadir que, cualesquiera que fueran las debilidades espirituales de mi amigo o de mí mismo, durante los treinta y seis años de nuestra amistad se nos dio un propósito honesto de vivir para Dios, no para nosotros mismos; y así fue como nuestra amistad permaneció intacta hasta el final, aunque las tentaciones de alienación del corazón, humanamente hablando, aumentaron cada vez más, en lugar de disminuir. Nuestra constitución natural de mente y temperamento eran muy diferentes y, sin embargo, teníamos que trabajar juntos; mientras que unos 2500 creyentes fueron recibidos en comunión desde que llegamos a Bristol; y mientras que en los últimos años, casi 1000 creyentes estaban en comunión en la reunión de la Iglesia en las capillas de Bethesda y Salem, entre las cuales trabajamos. ¿Quién, pues, puede dudar de la dificultad constante en el camino de esta continuación del amor y la unión? Pero había ayuda que se podía encontrar en Dios, y la encontramos hasta el final. Así fue nuestra despedida, cuando vi a mi querido amigo por última vez. Después de haberlo besado, cuando me propuse irme, él, ya que estaba demasiado débil para conversar, dijo: “Siéntese”, y también le pidió a la Sra. Craik que se sentara, para que pudiera mirarnos, aunque no podía conversar. Me senté así en silencio por un rato, y luego me fui. Esta fue nuestra última entrevista. Al día siguiente cogí un resfriado y estuve varios días en casa, durante los cuales mi querido amigo se durmió.

El lector verá en las memorias que el Sr. Craik tenía facultades mentales muy superiores; pero lo que lo hizo especialmente encantador en mi opinión, fueron las siguientes características de su carácter y logros espirituales:

1. Era muy cariñoso
2. Como Natanael de antaño, él realmente no tenía engaño
3. Fue particularmente concienzudo. Cualquiera que sea su debilidad o falla de alguna manera, puedes estar seguro de que actuó concienzudamente. Hizo lo que hizo, porque pensó que era correcto. Nuestras opiniones sobre

ciertos modos de acción diferían materialmente, pero siempre regresé a esto: mi amigo es concienzudo; si solo viera lo que yo vi, seguramente actuaría de manera diferente.

4. Aunque estaba dotado por Dios de tan grandes facultades mentales, no las usó para obtener un nombre entre los hombres, ni para ser admirado por los hombres, sino para arrojar luz sobre las Sagradas Escrituras y exponer la verdad. Como prueba contundente de su humildad, y de estar lejos de buscar el honor de los hombres, menciono lo siguiente: En el año 1849, el profesor Alexander le insinuó, en nombre de la Universidad de St. Andrew's, que tenía la intención de conferirle el grado de Doctor en Divinidad, o de Doctor en Derecho Canónico y Civil. Cortésmente declinó este honor, pero recomendó a un caballero cristiano que había trabajado mucho en literatura bíblica para obtener el título, ya que podría serle de gran utilidad como autor. Esto último fue hecho, y a este caballero se le otorgó el grado de Doctor. Algunos años después, la misma universidad le repitió al Sr. Craik su anterior insinuación y deseo, y por segunda vez mi amigo declinó humildemente el honor. Verdaderamente, esta es una prueba sorprendente de que, cualesquiera que sean las fallas momentáneas podría haber sido lo contrario, estaba firmemente decidido en su corazón a no buscar el honor que viene del hombre, sino para encomendarse a Dios como su siervo.
5. El Sr. Craik manifestó gran simpatía por aquellos que estaban en prueba y aflicción: Su afectuoso corazón sentido profundamente por los sufrimientos de los demás.
6. El Sr. Craik fue eminentemente un hombre de oración y un hombre dado al estudio de la Palabra de Dios. Tal devoción con respecto a las Sagradas Escrituras, tal indagación en la Palabra como en busca de tesoros escondidos, tal meditación sobre la Palabra a la que se le entregó, nunca se vio superada por ningún siervo de Cristo. La principal pérdida que la Iglesia de Cristo en general ha sufrido en su destitución, no es simplemente que él fue un cristiano encantador, amable y verdaderamente espiritual para todos los que lo conocían íntimamente, y un predicador ferviente y devoto del Señor Jesús; sino uno que verdaderamente había estudiado de rodillas, con gran diligencia, los oráculos de Dios. Entre todos los miles de creyentes que conozco, no hay ninguno cuyo juicio sobre alguna parte de la verdad hubiera estimado más que el de mi difunto amigo, debido a su gran cautela, su oración y su diligencia en comparar las Escrituras con las Escrituras, su humildad de alma, su considerable conocimiento de griego y hebreo, y su lectura habitual de las Escrituras en sus idiomas originales.

En referencia a la salud del Sr. Craik, como alguien que lo conoció tan íntimamente y durante tanto tiempo, debo decir que cuando tenía unos cuarenta años, se veía mucho más saludable que cuando lo conocí por primera vez a los veinticuatro años de edad, y este fue aún más el caso cuando tenía unos cincuenta años. Nunca fue fuerte y, como muchos hombres de gran mente, no fue lo suficientemente cuidadoso para aprovechar al máximo la salud y la fuerza que tenía. Por lo general, comía rápido y, aunque sufría de una digestión débil, descuidaba la masticación adecuada de su comida. Además, cuando se sentía bastante bien, olvidaba su debilidad constitucional y trabajaba mentalmente más

allá de sus fuerzas. Esto no se dice para culpar a ese excelente hombre que ya no está entre nosotros, sino que su amigo lo dice como una advertencia a sus hermanos en la fe; porque la vida, la salud, la fuerza del cuerpo o la mente nos son confiados como talentos preciosos para ser usados por Dios. Esta falta de actuar habitualmente con cautela respetando su salud, y sobrecargar su mente, produjo, sin duda, en ciertos momentos, una medida de depresión nerviosa, de la cual el lector encontrará insinuaciones en su diario, lo que hace que el Sr. Craik casi parezca ser otro hombre de lo que se conocía en su vida pública ordinaria, en la que generalmente manifestaba una gran alegría.

Habiéndome referido a su salud, no puedo dejar de agregar que tengo plena convicción de que Dios pretendía que la debilidad constitucional de mi amigo fuera una bendición especial para él. Aunque el Sr. Craik era un hombre muy humilde, y aunque era su deseo ferviente y habitual usar sus facultades mentales para la gloria de Dios; sin embargo, nadie podría conocerlo íntimamente sin darse cuenta de que su tendencia natural era aspirar al cultivo de su mente con demasiada seriedad y afecto, lo cual, de no ser por su constitución débil, podría haberse convertido en una gran trampa para su hombre interior. Por lo tanto, como un freno, el Señor le entregó tan misericordiosamente esta mente poderosa en conjunción con un cuerpo débil, para que no se entregara demasiado al cultivo de sus facultades mentales.

Añado además esto con respecto a su salud. Nunca conocí a nadie que, constitucionalmente, se alejara tanto del sufrimiento como él. A menudo me hablaba sobre este tema. Y, sin embargo, este mismo individuo estuvo, durante casi siete meses antes de su muerte, no solo en un gran sufrimiento, sino que también fue grandemente sostenido bajo sus grandes sufrimientos. El día de Navidad de 1865, sentado más tiempo de lo habitual al lado de su cama, porque tenía más tiempo que el habitual, de repente recordé de lo que me había hablado tantas veces, y luego le dije que ahora la fuerza del Señor se manifestó en su rehuir constitucional del dolor y el sufrimiento. Lo vio y lo reconoció. Y, en verdad, el Señor sostuvo en gran manera a Su siervo que sufría, y lo hizo hasta el final. Sin quejarse, pasó por sus sufrimientos, aunque orando y anhelando ser liberado de ellos. Y por fin fue entregado, Apoyándose pacíficamente en Jesús, se durmió.

Su pobre amigo que escribe esto, permanece. Hasta ahora el Señor me permite servirle en la tierra. Ora, lector cristiano, para que, sea este tiempo largo o corto, pueda dedicarlo verdaderamente a la honra de Dios.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org